

CORDIALIDAD ARGENTINA

Por
Pierre CHILI

¡P ISSTT! . . . ¡Suba!

El guardiamarina argentino se sonreía y movía negativamente la cabeza. Conocía sus deberes: no podía moverse de su lancha que, atracada al costado de un crucero chileno, aguardaba al comandante argentino que en esos momentos se encontraba de visita protocolar a bordo.

Hacía frío en aquel Punta Arenas que semejaba un puerto de la Siberia con sus cierzos heladísimos que entumescían y con sus botes que pasaban con tripulantes barbudos y envueltos en pieles.

—¡Pisssst! ¡Suba!

—No, ché. No me está permitido.

Primeramente había sido un guardiamarina quien lo invitara desde el portalón; luego fueron varios los muchachos. Abajo, la lancha argentina se balanceaba con la marejada. Era una lancha limpia y elegante en cuya popa flameaba una bandera bicolor: dos fajas celestes y horizontales y entre ellas una blanca en cuyo centro amarilleaba un sol dorado. En la proa pendía un angosto y largo galardete, distintivo de mando del comandante. El guardiamarina, de pie en su lancha, miraba hacia arriba a sus camaradas chilenos, jovial a ratos y grave a veces al reflexionar que se hallaba a cargo de una delicada comisión de diplomacia internacional.

—Oiga, amigo. Suba por un par de minutos. Le tenemos preparado un forro interior para el frío.

—Gracias; pero no me está permitido, ché.

—Hágalo por el Sol de mayo y por la Estrella Solitaria.

—Déjense de "macanitas", ché. No puedo.

Era el guardiamarina argentino un atractivo muchacho, casi un niño. Se conocía que vacilaba.

—Suba. Nos tomamos una sola copa a la salud de las dos patrias y baja en seguida a su lancha. Su comandante no se dará ni cuenta.

—No lo conocen ustedes, ché. Es un "estutián" que ve debajo del agua.

Tantos fueron los ruegos y las incitaciones que el muchacho argentino propuso:

—De una sola manera subo: si ustedes le piden autorización a mi comandante.

Un chileno se dirigió a la cámara de Rompeacero; alcanzó hasta la puerta y regresó para decirle al argentino:

—Dice su comandante que no tiene inconveniente.

—Si es así, subo.

Bajaron con él por una escala casi vertical y entraron a la cámara de los guar-

diamarinas. Algunas botellas, al descorcharlas, saludaron en sonoras salvas al visitante. El más elocuente entre los chilenos ofreció la primera copa:

—Por la Argentina, compañeros. Si a los de tierra los separa el macizo que se sabe, a nosotros nada nos separa, ya que el mar nos es común y comunes las pellejías de todos los guardiamarinas. Por la Argentina.

—¡Viva la Argentina!

—¡Viva Chile! —contestó el festejado.

El mozo listo y despierto, se paladeó.

—Me ha caído maravillosamente bien el forrito, ché. Si no es exigencia, repítame la dosis para contestarle al elocuente ché que ha dicho esas lindezas despampantes.

Y habló el joven representante:

—Por Chile, camaradas. Por el Cristo Redentor que desde las cumbres de los Andes nos dice que no deben pelearse los hermanos y por este sabrosísimo forro que me canta que deben abrazarse los amigos.

Continuaron las salvas de las botellas. El argentino tomó asiento familiarmente como en su propia casa y dijo:

—¿Qué estarán haciendo mi Esturión y el Esturión de ustedes, ché? Con seguridad que en estos momentos los dos viejos se empalican y hablan sesudamente sobre el régimen ciclónico en el Atlántico, sobre la carabina de Ambrosio y la escuadra del Báltico... Mientras nosotros...

—Salud ché.

—¡Salud, amigo!

Tenía razón el muchacho. En efecto, en esos instantes en la sobria cámara de popa, el comandante argentino conversaba con Rompeacero, apoltronados ambos y sumidos en una gravedad solemne.

Un chileno le preguntó al argentino:

—Diga, ¿los tiene a ustedes su comandante a ración de bajadas? Desearíamos encontrarnos en tierra.

—Oigan, ché. Le decimos el Esturión y es un pez con periscopio asomado en todos los vericuetos del buque; nada se le escapa. Y tiene la sangre helada. No nos permite ni horchatas.

Las salvas recrudecían. El licor mareaba a los muchachos y les encendía los cerebros

Se inició el canto.

“Allá en la América austral
nacieron casi gemelas
dos simpáticas chicuelas
que luego vivieron mal.
Después de su enemistad
triunfó la sana razón
y en una sola entidad
se unió la región andina
y hoy una sola nación
forman Chile y la Argentina...”
¡Viva Chile!
¡Viva la Argentina!
¡Salud, ché!
¡Salud, compadritos!

Un marinero llegó apresurado

—El señor comandante argentino y mi comandante están listos en el portalón para embarcarse.

—¡Se nos entraron el par de matalotes! —exclamó uno sobresaltado— ¡Apurémonos!

Todos subieron con el visitante apuntándolo y procurando ocultarlo, pues el argentino era incapaz de seguir rectamente un rumbo. El Esturión lo miró iracundo. Rompeacero fulminó con una mirada a los guardiamarinas chilenos. Pero ambos comandantes discretamente callaron.

Esa misma tarde Rompeacero pagó su visita protocolar. Al regresar reunió a los guardiamarinas y con chispas en las pupilas les dijo:

—El señor comandante del crucero argentino me ha impuesto de que su guardiamarina de retén se ha excusado ante él diciéndole que uno de ustedes habló con el señor comandante para solicitarle su autorización para que ese oficial subiera a bordo, lo que me consta que no es efectivo. Hablo a oficiales de marina que no deben temer a las responsabilidades. Que se presente el culpable.

Se produjo el silencio. Un muchacho salió al frente.

—Fui yo, señor comandante.

—Incomunicado hasta que resuelva su separación del servicio por tomar indebidamente el nombre de un comandante extranjero, lo que constituye una afrenta vergonzosa para nuestra Armada,

El guardiamarina inclinó la cabeza con resignación.

Al día siguiente, Rompeacero se encontró con el Esturión argentino en un banquete en tierra.

—¡Qué muchachos!

—¡Un desatino!

Enlazadas las banderas argentinas y chilenas formaban columnas y doseles. El Esturión se sonreía con agrado. Rompeacero estaba milagrosamente contento; su alegría era la de un extraño sol sobre un enhiesto ventisquero. Los cuarentones recordaban sus pilatunadas cuando jóvenes:

—Estando en la "Sarmiento" en Nagasaki. . .

—Encontrándome en la "Baquedano" en Baltimore. . .

—¡Feliz edad!

—¡Dichosos tiempos, amigo!

Una banda terminaba el himno argentino:

"Coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir. . .".

Y comenzaba la chilena:

"Alza, Chile, sin mancha la frente,
conquistaste tu nombre en la lid. . ."

Argentinos y chilenos abrazados cantaban:

"Allá en la América austral
nacieron casi gemelas. . .".

—Me agrada esta sincera unión —dijo Rompeacero.

—Me ocurre lo mismo —le respondió el Esturión argentino.

—No castigemos al par de muchachos. ¿Qué le parece? ¡Entusiasmo de muchachos!

—Hace rato meditaba proponérselo. ¡Aceptado!

Rompeacero soltó la risa al decirle al argentino:

—El "suyo" caminaba por cubierta como si intentara hacer el "ocho" de una sola bordada.

—Y los "suyos" eran una escolta de "cachirulos", que malamente y entre tumbos pretendían extenderle cortinas al mío para que no lo viéramos. . . Ja, ja.

—A la salud de la alegre muchachada.

—¡Salud!

Fuego y rosa. . . Continuaba el canto:

"Allá en la América austral".

